
PANEGÍRICO
DE SAN AMBROSIO.

*Sacerdos magnus, qui in diebus suis
corroboravit templum.*

He aquí un gran sacerdote, que en sus
tiempos fué el restaurador del templo.
(Eccl. I, 1.)

Difícilmente podrá hallarse un héroe á quien puedan aplicarse con más propiedad las palabras con que el autor del libro del Eclesiástico traza el elogio del grande hijo de Onias, como el Santo cuya festividad celebra hoy la Iglesia nuestra madre. Ambrosio: hé aquí un nombre que despierta las ideas más sublimes de virtud, de santidad y de celo por la gloria de Dios y de su inmaculada esposa. Recordar su memoria es lo mismo que renovar cuanto hay de más honroso en el sacerdocio católico, es decir, cuanto de más admirable pueda decirse en elogio de esa tribu escogida, para ser el sostén del grandioso edificio que el Salvador fundó en la tierra, para depositar en él su verdad y su doctrina; es pintar, en una palabra, al gran sacerdote, que admirado contempló el siglo cuarto, que reuniendo en su persona las más brillantes cualidades, no solo sirvió á Dios con toda fidelidad, siendo el ejemplar vivo de sus contemporáneos, sino que, destinado al ministerio de los altares, condujo por los caminos de la gracia al pueblo que se le confió, sirvió de triaca contra el error y de remedio eficaz contra el vicio, y fué como la piedra angular del templo del Señor.

Tal se presenta á nuestra vista el dignísimo arzobispo de Milán, cuya vida ha sido y será siempre la norma de los sacerdotes, el ejemplar de los preladados, el consuelo de los fieles, un motivo de gloria para la religion, y de ignominia para la impiedad. ¡Ah! si me fuera permitido detenerme en hacer una bella pintura de este sacerdote del Altísimo, yo recogería las flores que la sabiduría esparciera sobre el sepulcro del gran Simon, y aplicándolas á nuestro héroe os

diría, que en sus días se renovaron los manantiales de las aguas de la verdad, difundiendo como un mar en toda la sobrehaz de la tierra; que brillaba en el templo del Señor como el lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna en su plenitud, como el sol en medio del día, y como el arco iris entre las transparentes nubes: que el olor de sus virtudes era semejante al de la rosa en tiempo de primavera, al de las azucenas junto á la corriente de las aguas, y al del árbol de incienso que despide su fragancia en tiempo del estío; que en el ejercicio de sus funciones, parecia un olivo que retoña, ó un ciprés, que por su altura descuella sobre todos los demás árboles.

Dejemos empero estas imágenes brillantes, y busquemos en la vida del grande Ambrosio el verdadero carácter que le distingue entre los demás descendientes de Aaron. Yo observo desde luego en él un celo ardoroso, en mantener intacto el sagrado depósito de la doctrina de la verdad, que le consituye su restaurador. Bajo este punto de vista voy á considerarle en el presente discurso. Esto solo bastará para formar la idea más completa de su santidad, y para estimularse á seguir sus ejemplos. Invoquemos la gracia del Señor por la intercesion de la Virgen santísima, diciéndola con el ángel: *A. M.*

Nada hay insignificante en la vida de los santos, y aún las más minuciosas circunstancias de su infancia suelen ser presagios indetectibles de su futuro heroísmo. Estaba en la cuna Ambrosio, cuando su padre observó con atencion, que en su boca posaba un enjambre de abejas; y viendo que aquellos animalitos se remontaron hácia el cielo, dejando al niño no solo sin lesion, sino con una suavidad meliflua y con una hermosura angélica, exclamó con una especie de presentimiento profético: Este tierno infante está sin duda destinado para cosas grandes. Será, si Dios le conserva la vida, un hombre muy elocuente. Educóse al lado de los hombres de más valer que se conocían en Roma, y desde luego hizo admirarse como un filósofo profundo, como un orador elocuente, como un abogado de primera nota. Fué tal la elocuencia con que peroró por algun tiempo en los tribunales, que el famoso Anisio Probo, prefecto del pretorio, lo escogió por su asesor, y poco despues nombróle gobernador de Milán, de Génova, de Parma, de Bologna y de Módena. No habia aún recibido el santo bautismo, y sin embargo podemos decir, que al ir á desempeñar estos cargos honoríficos salió de Roma tan virtuoso como pudiera haber salido de un convento de cenobitas; pues era piadoso, recogido, y emulador de las virtudes de su hermana santa Marcelina, que habia hecho profesion de virginidad recibiendo el velo

de mano del pontífice Liberio. Llegó á Milán con una firme resolución de gobernar, no como juez, sino como padre.

Aquella ciudad hallábase dividida en bandos y contiendas; Ambrosio se portó con tanta cordura y supo conquistarse de tal suerte los corazones, que todos le miraban con el mayor respeto. Muerto Auxencio, obispo arriano, reunióse el pueblo en la iglesia para nombrar obispo; pero como católicos y arrianos querían obispo de los suyos, hallábase el pueblo en riesgo de amotinarse. Ambrosio, como gobernador civil encargado de conservar el órden amenazado por los intereses encontrados de los partidos, fué á la iglesia, y habló al pueblo, mostrando cuanto convenia que, sin menoscabo de la tranquilidad pública, se procediese á la eleccion. Todos se disponian para votar, cuando levantó la voz un niño de pecho, y dijo clara y distintamente: *Ambrosio, obispo*. ¡Cosa admirable! Al oír esta voz milagrosa se unieron todas las voluntades, y todos eligieron por aclamacion obispo de Milán á S. Ambrosio. No se halló uno que no reconociese en esta unanimidad la mano poderosa del Señor.

Solo él era el descontento y el triste en aquel lance. Teniéndose por indigno aún de llegar á ser dal número de los simples fieles, no se habia atrevido todavía á pasar de catecúmeno. Daba largas al bautismo por temor de perder la gracia de este sacramento, tan difícil de recobrar. Sô negó, pues, á reconocer la voluntad del Omnipotente en su eleccion; y fueron necesarios milagros y más milagros para persuadirse de que era llamado al episcopado. Nunca habló con más fuerza y elocuencia que cuando alegó sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas y su renuncia, para convencer á las gentes, que la eleccion de obispo en su persona no podía ser legitima y valedera, porque no estaba bautizado; pero cuanto más hablaba, más claro veían todos su gran saber, su elocuencia, su humildad y las demás prendas episcopales que en él habia Dios colocado. Viendo el Santo que esto no bastaba, mostró deseos de hacer vida solitaria, y por mil caminos tiraba á disuadir á sus electores. Todo era en vano. Huye entónces, y se dirige apresurado á Pavia para ocultarse en aquella ciudad; camina con velocidad toda una noche; pero cuando por la mañana creyó hallarse muy distante de Milán se halló á sus puertas. Oculóse sin embargo en casa de un amigo suyo; dando empero órden el emperador Valentiniano para que le bautizasen, ordenasen y consagrasen de obispo, fué descubierta: una luz celestial le dió á conocer la voluntad de Dios, los milagros le convencieron, y los milagros hicieron del gobernador de Milán un ejemplar de prelados y una gran columna de la Iglesia.

Sentado en su silla episcopal, ya no pensó en otra cosa que en cumplir fiel y santamente con su ministerio, entregando desde luego á los pobres el oro y plata que tenia: donó á la Iglesia sus posesiones y heredades, reservando únicamente el usufructo de ellas para su hermana Marcelina, que habia quedado sola en Roma, muerta su madre. El gobierno temporal de su casa lo encomendó á su hermano S. Saffiro, para entregarse él todo al gobierno espiritual de sus ovejas. Todos los domingos predicaba; sus sermones eran tan llenos de espíritu, de doctrina y elocuencia, que pocos le escuchaban sin persuadirse y convertirse. En ellos se proponia reducir las almas al Señor más bien por la dulzura, por la fuerza de sus razones, por la oracion y por las lágrimas, que por la elegancia y copia de las palabras. Mortificaba su cuerpo con ayunos y abstinencias prodigiosas; consolaba á los afligidos; socorria á los necesitados; era un padre dulce y un pastor vigilante de todos sus diocesanos; tenia por maestro á Jesucristo y por su poderosa auxiliadora á la Virgen santísima, de la cual fué devotísimo. Su celo y solicitud por el bien de las almas que se le habian encomendado no reconocian límites. Era tan humilde, que con tenerlo todos por un oráculo de sabiduría y por un varon elocuentísimo, sometia siempre á censura las obras que escribia. Era tan misericordioso y liberal con los pobres, que por remediarlos y rescatar á los cautivos vendió hasta los vasos sagrados, diciendo que el santuario tenia oro, no para guardarlo, sino para distribuirlo y gastarlo en las necesidades de los menesterosos. Exhortaba con frecuencia á las doncellas á que conservasen su virginal pureza, á los casados á vivir con la santidad de los que representan la union que tiene Jesucristo con su Iglesia, y á las viudas á portarse como lo previene el Apóstol. Como á la predicacion de la palabra unia la fuerza del ejemplo, sus exhortaciones producian siempre los más saludables efectos. Se compadecia mucho de los pecadores, y como su divino Maestro, les alargaba la mano para animarlos á hacer penitencia. Cuando alguno le confesaba sus pecados, le trataba con grande amor y ternura, derramaba tantas lágrimas, que abundaba los borzones más empedernidos, y les obligaba á humillarse delante del Señor como el Publicano. No quiero, oyentes, extenderme más en las virtudes de Ambrosio; debria hoy ocupar este púlpito un S. Agustín, para que como testigo presencial de los hechos de su padre y maestro, os hiciese percibir lo que mi insuficiencia no acierta á declarar. Lo dicho, empero, es suficiente para convenceros, que Ambrosio fué un dechado de perfecciones evangélicas, y que sostuvo en su persona toda la grandeza y santidad del ministerio sacerdotal. Réstanos ver

como con su celo reparó las quiebras que había sufrido el ministerio sacerdotal.

Los pastores de la Iglesia son, según el divino oráculo, otras tantas antorchas destinadas á alumbrar en la casa de Dios, no solo con sus ejemplos, sino también con su doctrina. Al tiempo mismo que ofrecen con una mano el incienso ante el altar, deben con la otra trabajar en la restauración de las ruinas del templo. En pocas épocas, y tal vez en ninguna, tuvo la Iglesia más necesidad de manos robustas que trabajasen en la restauración de las ruinas del santuario, como en la época de Ambrosio, cuando tantos sacerdotes y obispos protegían la herejía. Ambrosio devolvió á la Esposa del Cordero el lustre que algunos indignos ministros habían hecho perder. Con su dulzura, sus discursos y su oración triunfó de la lógica peligrosa del hijo de Sta. Mónica. San Ambrosio engendró en la fé al grande Agustin; al virtuoso obispo de Milán debe el cristianismo el astro que desde Hipona iluminó al mundo disipando las tinieblas del error. Esto solo bastaría para probar, que el célebre obispo de Milán reparó las quiebras que había sufrido el ministerio sacerdotal; pues Agustin fué un sol clarísimo de la Iglesia, la primera lumbrera de los sacerdotes. Si el hijo sabía dá honor á su padre, como se dice en los Proverbios, ¿qué gloria no resulta á nuestro santo obispo de haber tenido por hijo espiritual á S. Agustin? Sin duda la que todos conceden al maestro que enseña bien á sus discípulos, la que llena de gozo al padre, que ve retratada su virtud en el hijo que ha engendrado y educado; la que Dios quiere significar con la corona de santidad que se digna poner sobre la mitra de un obispo elegido como Aaron, celoso como un apóstol, y edificante como el que es digno objeto de nuestros cultos en este día.

Parece increíble lo que hizo en defensa de la fé. Fiel á la gracia del Señor, arrostró dificultades, venció imposibles, se sobrepuso al poder del Infierno, coligado con las potestades de la tierra. El emperador Valente se declara protector de la herejía arriana, y ataca sobre sí y sobre sus pueblos el enojo de Dios. Ambrosio, para atacar los estragos, compone el excelente tratado de la Fé contra los errores de los orientales, citado con tantos elogios en el concilio general de Efeso. Hace convocar un concilio en Aquileya, en donde confunde á Secundino y Paladio, presbíteros arrianos, que fueron condenados. Temiendo que en Sirnio, metrópoli de Panonia, pudiesen los arrianos un obispo de su secta, pasa allá para impedirlo, y hace que se elija á un católico, á pesar de los esfuerzos de la emperatriz Justina, tenaz protectora de su secta arriana y enemiga de

clarada de nuestro Santo. ¿Se trata de obligarle á recibir los decretos del conciliábulo de Rimini, ó á dejar su silla de Milán? El Santo contesta con decisión, que á los obispos toca juzgar á los emperadores cristianos en causas de religión; pero que nunca los emperadores han tenido facultad para juzgar á los obispos en las cosas concernientes á su ministerio sagrado, y que el lego jamás debe echar mano del incensario. ¿Se atreve el apóstata Joviniano á enseñar doctrinas nuevas, y á impugnar escandalosamente las instituciones monásticas? Pues el grande obispo de Milán lo arroja de su diócesis, avisa á sus amigos, interesa á Pamaquio y á San Jerónimo, hace que el papa Siricio convoque al clero de Roma para condenar las doctrinas del renegado, é influye con el emperador Honorio para que destierre al nuevo hereje á una isla apartada.

Tuvo mucho que padecer por su celo. El eunuco Caligono, camarero de un emperador que se había declarado á favor de los arrianos, se presentó al santo obispo de Milán, amenazándole con que le cortaría la cabeza si seguía menospreciando las órdenes de su majestad arriana. Ambrosio le contestó con valor apostólico: Si Dios permite que se cumpla tu amenaza, yo padeceré como obispo, y tú obrarás como eunuco. Toda su ansia era sacrificar la vida para salvar la religión católica, y mantener en su pueblo la verdadera fé. Refiere san Paulino, que habiendo entrado un facineroso en su cámara para asocinarle, teniendo ya el brazo levantado y desenvainada la espada para descargar el golpe, se quedó en aquella postura sin poderse mover; y no fué libre hasta haber confesado que Justicia era quien le enviaba. En una de estas persecuciones que de parte de los arrianos padeció la iglesia de Milán, sitiado Ambrosio en el templo con los católicos, para que el pueblo no desfalleciese en aquel trabajo, y se conservase en santa alegría, dispuso que día y noche cantasen himnos y salmos. Los himnos por la mayor parte eran compuestos por él: muchos de ellos rezamos aún ahora en el oficio. Al emperador Teodosio le reprenió, primero, por carta, y después cara á cara, por haber condenado á un obispo á que restableciese la sinagoga que los cristianos habían quemado en Calinica.

Más tarde supo nuestro Santo, que el mismo emperador había mandado pasar á cuchillo á los habitantes de Tesalónica, en donde murieron siete mil personas sin averiguación de quien era culpado, y quien inocente. Celebrábase entónces en Milán un concilio, para defender la sentencia que contra Joviniano había dado en Roma el papa Siricio. Llenáronse de horror aquellos prelados. Quejábase del autor de aquella gran desdicha: no creían que una orden como

a quella tan inhumana hubiese salido de un principe tan benigno como Teodosio; sin embargo, no hallaban con qué disculparle, siendo los principes responsables de lo que se hace en su nombre, y de los excesos que se cometen en la ejecución de sus mandamientos. Tuvo Ambrosio en sueños una vision, en que entendió ser voluntad de Dios, que Teodosio hiciese penitencia. Escribióle, poniéndole delante de los ojos la atrocidad de aquel gran delito, y exhortándole con su elocuencia celestial á que con verdadera penitencia aplacase á Dios, á quien tan enojado tenia. El emperador fué á Milán en busca de Ambrosio, á quien miraba como médico y como padre, bien que no hubiese tomado fielmente su consejo. Estando Ambrosio en el templo para celebrar el santo sacrificio, supo que iba alla el emperador. Salíó él al atrio, y tuvo valor y constancia para negar al emperador su entrada en la iglesia, y para no admitirlo en el lugar sagrado hasta que expiase sus pecados con la más edificante penitencia.

Reasumamos lo dicho. Ambrosio se hallaba en donde precisaba su presencia para enseñar á su pueblo, para defender el Evangelio, y confundir á sus enemigos. Ambrosio quebrantó á los herejes, espantó á los tiranos, humilló á los principes de la tierra, peleó como esforzado soldado de Jesús en las batallas del Señor. Cuando los milagros eran necesarios para el triunfo de la verdad, Ambrosio los obraba. Su vida fué un continuado milagro, la admiracion del mundo, el horror del Infierno, el consuelo de la Iglesia, el modelo de los obispos santos, y la confianza de todos los justos y pecadores. ¿Qué más se necesita para concluir, que Ambrosio fué un gran sacerdote, que no se contentó con sostener con sus virtudes la grandeza y santidad sacerdotal, sino que consiguió reparar las quebras que habia sufrido? Lo eres ¡oh bienaventurado Ambrosio! la Iglesia de Jesucristo te es deudora de servicios que jamás podrá olvidar. Donde quiera publicará, que, como otro hijo de Onías, levantaste con una mano los muros de la casa del Señor, y con la otra rescataste la gloria de su templo. Vé ahora á recibir la corona á que te has hecho acreedor por tus virtudes y trabajos. Ambrosio, tendido en el lecho de la muerte, levanta su corazon á Dios para entregarle su alma con el amor y confianza de un justo esclarecido. Los diáconos y familiares se unen á varios caballeros enviados por el emperador Honorio, para suplicarle que alcance de Dios la gracia de diferirle la muerte; pero el Santo les contesta: No tengo de que avergonzarme, mientras he vivido con vosotros; pero tampoco temo morir, porque tenemos un buen Señor. Le asistió en su última en-

fermedad san Basiano, obispo de Lodi; y una vez, orando con él, vió á Jesucristo venir á visitarle. Recibió con fervorosa devocion los santos sacramentos, invocó los dulcísimos nombres de Jesús y de Maria, encomendó su espíritu al Señor, y murió como mueren los santos.

Imitemos, oyentes, á este maestro de la verdad en su vida y en su muerte; gobernaos por sus enseñanzas; aprended á cumplir con vuestras obligaciones, á posponerlo todo á la honra y gloria del Señor, y Dios derramará sobre vosotros sus más preciosos dones. Y vos, Ambrosio glorioso, hacednos participantes de vuestras virtudes y de vuestro celo, para que llegemos á poseer la bienaventuranza que gozais en premio de vuestros trabajos en la celestial Jerusalén de la gloria.

PANEGÍRICO DE SANTA ANA.

Domine humiliat et subleuat.
El Señor es el que abate y ensalza.
(I REG. II, 7.)

La madre de uno de los mayores profetas de Israel pronunció, católicos, este oráculo: Dios la había humillado por mucho tiempo con una larga esterilidad; pero después la consoló con una fecundidad gloriosa. Siempre sumisa á la voluntad del Señor en el estado de su abatimiento, le presentaba votos, súplicas y llantos, pero sin murmurar ni quejarse; el Señor oyó sus ruegos, mudando en gloria sus abatimientos, y disipando el oprobio que en su nación padecían las mujeres estériles. Samuel, uno de los mayores héroes de la Sinagoga, fué el fruto de su fecundidad; su mérito consistió en haber sido siempre humilde á la voluntad de Dios, y su gloria en llegar á ser madre de uno de los más grandes siervos del Señor.

Bien sabéis, señores, que la gloriosa santa Ana, cuya memoria celebramos en este día, se vió abatida y ensalzada; los más funestos sucesos sirvieron de prueba á su sumisión; y la gloria más extraordinaria fué la recompensa de su humildad.

Los funestos sucesos que sirvieron de prueba á la sumisión de Sta. Ana fueron, el ver la autoridad de los judíos en poder de extranjeros, la corona de sus padres puesta sobre la cabeza de Herodes, y ella entregada al oprobio de una vergonzosa esterilidad; pero la gloria con que Dios recompensó su sumisión fué una fecundidad milagrosa, que la hace madre de la Madre del mismo Dios, y la divina alianza que contrae con el Verbo en el misterio soberano de la Encarnación.

Ya me parece, hermanos míos, que habreis venido en conocimiento de la idea que me propongo en este discurso para elogiar á Santa Ana: su mayor mérito fué haber vivido siempre sumisa á la volun-

dad de su Dios; y su mayor gloria haber cooperado á los designios de la misericordia de Dios: pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

En vano el hombre afligido busca verdadero consuelo en los objetos de los sentidos; solamente la religion puede consolar al cristiano oprimido con las desgracias: ¡Oh tristes mortales! vosotros buscáis en las criaturas el alivio de vuestras molestias, la satisfacción de vuestros deseos, el medio para disipar vuestros pesares suavizar vuestras amarguras y reparar las ruinas de vuestra fortuna: pero este medio no le halláis en los objetos en que le buscáis. Recurrid en todos estos funestos sucesos que os oprimen al Dios que con ellos prueba vuestra fé, adorad sus incomprendibles designios: ved que sabe sacar gloria de las mismas ignominias, y su mano misericordiosa siempre hiere á las almas que más estima para probarlas; y su mano generosa las llena después de consuelos, para recompensar su sumisión. En la ilustre santa, cuya memoria celebra hoy nuestra madre la Iglesia, vereis la prueba de estas verdades.

Derribada desde el trono á la más profunda oscuridad, reducida á la mayor miseria, é infamada con el oprobio de esterilidad, señal de la mayor ignominia en su nación, parece, hermanos míos, que podía exclamar: ¿dónde están aquellas magníficas promesas hechas á mis padres por los profetas? ¿qué se ha hecho el trono de David, cuya sangre corre por mis venas? ¿dónde está la gloria de sus descendientes? ¿dónde está aquella fecundidad que había de dar al mundo el deseado de las naciones? Hombres mundanos, vosotros hablaríais de este modo, porque no adoráis los impenetrables designios de Dios, y porque no queréis conocer en su sabiduría mos arbitrios superiores á los de la más fina política; queréis que Dios piense como vosotros acerca de las felicidades mundanas, y esperáis, murmurando, á que se manifiesten las grandes escenas que justifican el proceder de su sabiduría y providencia; pero, ya que en la decadencia de vuestra fortuna y en las desgracias que os afligen, confesáis la inconstancia que siempre reina en el teatro del mundo, ¿por qué no os entregáis absolutamente á vuestro Dios? El Señor prueba á sus siervos, mas no los abandona; y tarda muy poco tiempo en premiar su sumisión con la gloria más resplandeciente. La virtud característica de santa Ana fué una constante sumisión á la voluntad divina; todas sus acciones nos presentan un vivo ejemplo de esta virtud: estas acciones se hallan confirmadas con el testimonio de la historia más fiel, y no se han atrevido á dudar de su verdad aún los más escrupulosos rabinos.

Herodes Idumeo, usurpador del trono de Judá, reinaba en aquella provincia, cuando nuestra Santa vivía desconocida y despreciada de su nación. Ved, señores, qué espectáculo de tanto abatimiento para Sta. Ana; comparad este estado con las promesas de los profetas, y figuraos qué grandeza de ánimo era necesaria para sufrir con resignación estas desgracias. Sta. Ana, por medio de su sumisión generosa, sacrifica á su Dios todas las grandezas de la tierra; por medio de su sumisión continua, alaba á su Dios en medio de los trabajos de su pobreza; y por medio de su sumisión heroica espera, que su Dios la ha de conceder la gracia de la fecundidad, no obstante las apariencias que á ella se oponen. Cualquiera de esas adversidades bastaría, católicos, para acobardar á un héroe del siglo; pero todas juntas no son capaces de alterar la tranquilidad del alma de santa Ana. Después de haber experimentado todos esos abatimientos, podía decir á su Dios con entera confianza: Yo adoro, Señor, vuestros juicios, y recibo con humildad las pruebas que en mí hace vuestra sabiduría. Examinad atentamente todos los pasajes de su vida, y os vereis precisados á confesar, que las desgracias que, regularmente, abaten la constancia de los mayores héroes del siglo, en nuestra Santa sirvieron para hacer resplandecer más la suya. El alma que se halla enteramente poseída de su Dios, no solamente aspira á la perfección, sino que debe contemplarse en el más alto grado de virtud, sin que sean capaces los más funestos sucesos de turbar su tranquilidad: nuestra falta de sumisión á la voluntad del Señor, que gobierna la mano que nos hiere y contrista, consiste, en que miramos como principales autores de nuestros contratiempos á los que nos usurpan nuestros bienes, ó nos ocasionan otras semejantes molestias. Reconozcamos, católicos, un Dios justo y sábio, supremo distribuidor de los honores y dignidades de la tierra; un Dios amante de nuestra verdadera felicidad, que si nos priva de las felicidades y bienes de la tierra, es para que pensemos en la gloria inmortal que nos está prometida; un Dios, que con su ejemplo nos enseñó á caminar por la senda de los abatimientos, no obstante nuestro amor á los honores del mundo; de este modo veremos la voluntad de nuestro Dios en los más adversos sucesos, los abrazaremos con sumisión, como Sta. Ana, y le sacrificaremos con gusto todas las grandezas de la tierra, porque el alma santa nada teme sino el perder á su Dios.

Ved, señores, los más extraños sucesos que jamás admiró el mundo; ya llegó el tiempo señalado por los decretos eternos; la autoridad de los judíos ha pasado á manos de extranjeros; el trono de David se halla usurpado; su familia se ve reducida al mayor abatimiento;

vive en una funesta oscuridad; nose ve en ella señal alguna de su antiguo esplendor; ni aún se perciben las ruinas de aquella autoridad y gloria, que eran la admiración de los pueblos más remotos; muchos de sus ilustres descendientes viven en un oscuro retiro, ganando su sustento con el trabajo de sus manos. Entre estos ilustres hijos de David veo á Sta. Ana, ocupada en sacrificar al Señor las grandezas fugitivas del mundo; mira, sin murmurar, á Herodes el grande, sentado en el trono de sus mayores, y vive más contenta poseyendo á su Dios en el retiro, que si gozara de las más brillantes coronas, careciendo de él. Para manifestaros, hermanos míos, la generosa sumisión de nuestra Santa, y el mérito que con ella se adquiere, basta comparar á esta ilustre heredera de David con el usurpador de su trono.

Santa Ana y Herodes, ambos vivían en la Judea; Herodes, protegido por los romanos, reinaba y mantenía la pompa y magnificencia real á costa de las ruinas del imperio de los judíos; Santa Ana, en el estado en que su Dios á ella había puesto para probar su constancia, vivía pobre y abatida, sufriendo con resignación el yugo de la dependencia. Herodes es demasiado conocido para ser estimado; á su fugitiva gloria se siguió una eterna ignominia; su política y sus crueldades le hicieron célebre y han derivado su infamia hasta nuestros tiempos; este príncipe adquirió el trono por medio de infames astucias, se mantuvo en él por su política, y afrontó la dignidad real con sus crueldades. Sta. Ana veía á este príncipe sentado en el trono de sus mayores; y pudiera haber dicho con el Santo Job: ¿por qué permitis, oh Dios mío, que los impíos vivan tranquilamente gozando de la gloria y de los honores? Pero, santamente conforme con su abatimiento, esperaba á que se aclarasen unos misterios tan contrarios, en la apariencia, á la bondad del Señor; no tenía más voluntad que la de su Dios, y en cualquiera estado que el Señor la colocase, su mayor felicidad era vivir sujeta á sus órdenes. Persuadida nuestra Santa, de que el verdadero modo de reinar es obedecer á los decretos del Cielo, se conforma siempre gustosa con la voluntad de su Dios, aún cuando parece que éste la abandona.

Reparad católicos, en el modo con que la divina sabiduría dispone el nacimiento de Jesucristo: la familia de que determina nacer, aunque ántes había ocupado el trono, se hallaba reducida á la mayor miseria; todos sus parientes, según la carne, eran pobres y desconocidos; entre ellos no había ricos ni poderosos, y todos vivían á costa del trabajo de sus manos; vivían tranquilos en su oscuro retiro, fundando su felicidad en su sumisión á la voluntad de Dios. Si estos

bienes fueran necesarios para nuestra eterna salud, la opulencia hubiera presidido en el nacimiento del Salvador; María y sus parientes no se hubieran visto reducidos á tan estrecha pobreza. Todos los judíos, á excepción de un corto número de virtuosos israelitas, estaban dominados de las ideas de la grandeza y opulencia; esperaban un Salvador acompañado de toda la magnificencia de los conquistadores; y no obstante la decadencia de su imperio, despreciaban la pobreza y los abatimientos. Este era el error de casi toda la humanidad cuando Jesucristo vino al mundo; todos adoraban al ídolo de la fortuna; por eso el Señor dispuso que sus parientes fuesen pobres, y quiso Él mismo nacer en el seno de la pobreza y de los abatimientos.

Aún antes de manifestarse al mundo levantó el estandarte de la pobreza, llevando á Sta. Ana como por la mano, por el camino de la humildad y de la miseria, para que la que había de ser Madre de Dios, representase anticipadamente los misterios de su humildad en el pesebre; y para que diese al mundo un ejemplo de la más perfecta sumisión á la voluntad de su Dios. Sta. Ana halla toda su satisfacción en la pobreza, porque sabe lo mucho que su Dios ama esta virtud. Ella decía: «Me hallo reducida á la mayor pobreza; la opulencia de mis mayores desapareció con su trono; pero en este estado de miseria y abatimiento hallo á mi Dios; su adorable mano es la que me gobierna; no cesaré de bendecirle y alabarle mientras me dure la vida; y no obstante la gloria á que aspiran todas las madres en Israel, viviré conforme con su voluntad santa, á pesar de los oprobios de la esterilidad; los más penosos sacrificios son fáciles para el alma que posee á Dios, y vive entregada á su voluntad adorable.

La fecundidad era en la antigua ley un distintivo muy glorioso, y las más veces era la recompensa de las mayores virtudes. Dios promete á Abraham grandes prosperidades en la tierra, y todos los misterios de su futura grandeza empiezan por la milagrosa fecundidad de su esposa Sara. Abraham se halla constituido padre de una posteridad muy numerosa; los patriarcas, los profetas, los pontífices y reyes de Israel, todos descienden de él. Dios llevó á Sta. Ana á lo sumo de la gloria por el camino que guiaba á los mayores abatimientos; y probando su constancia con una larga esterilidad, se ve honrado con la perfecta sumisión de nuestra Santa á su voluntad divina; pues sacrifica á esta voluntad las preocupaciones de su nación, el oprobio de la esterilidad, el desprecio de sus conciudadanos y la gloria de la fecundidad. Esta santa conformidad es la verdadera grandeza á que debe aspirar el alma; del mérito de esta virtud podremos juzgar, católicos, por el modo con que Dios la recompensó en nuestra Santa.

Las aflicciones del justo tienen su término, del mismo modo que las felicidades del mundano; en el orden del Evangelio vemos salir la gloria del mismo seno de los abatimientos; en el orden de las cosas del mundo vemos salir los abatimientos del mismo seno de la gloria más lisonjera. La sumisión con que se mantiene el justo en medio de las aflicciones que padece, le merece consuelos eternos. La Santa, cuya memoria hoy celebramos, experimentó en sí estas verdades, católicos; aún en esta vida se vió honrada con los singulares favores con que Dios suele distinguir á sus escogidos: su sumisión se vió recompensada con las más gloriosas prerogativas; á pesar de la usurpacion de Herodes fué reconocida por heredera del trono de David; no obstante los muchos años que había pasado en la esterilidad, concibe y pare á la Madre del Redentor del mundo; y no obstante la infinita distancia que hay entre la criatura y el Criador, llega á ser por medio del misterio de la Encarnacion, abuela del Dios hombre. ¡Qué prerogativa ésta, católicos! Nuestra Santa podía muy bien decir: «Señor, Vos me ensalzasteis á la mayor gloria, eligiéndome para la ejecución de vuestros misericordiosos fines.»

Hablo, señores, de una grandeza, que no tiene aquellas brillantes exterioridades que tanto aprecia el mundo: Sta. Ana es grande á vista de la religion, y no á vista de la sabiduría del mundo. Rompiéronse, por último, aquellos oscuros velos que ocultaban á Sta. Ana en su retiro; un resplandor divino la manifiesta al universo; luego que dá al mundo aquella incomparable Virgen, anueciada por los profetas, se halla adornada de las más ilustres prerogativas, y todos la reconocen por hija de David. Entre sus gloriosos ascendientes cuenta la sagrada historia muchos patriarcas, pontífices, reyes y grandes capitanes: es verdad que Herodes está sentado en su trono; pero todas las revoluciones que han hecho pasar esta corona á una casa extranjera, han sido dispuestas por la suprema sabiduría del Señor, y la fé ve salir á nuestra Santa de los oprobios y abatimientos, con una gloria muy superior á la de los más felices mundanos. El mismo Espíritu Santo es, católicos, quien forma la ilustre genealogía de nuestra santa, pues hablando de María Santísima, dice, que corría por sus venas la sangre de David. Y atendiendo á esta conducta del Señor, haré algunas útiles reflexiones para confundir las falsas ideas con que todos los hombres viven engañados acerca de la gloria del mundo.

El Evangelio nos refiere la grandeza y lustre de la sangre de Santa Ana, refiriéndonos la de María Santísima su hija: la manifiesta á todas las naciones como heredera del trono de David; nos enseña que

los descendientes de uno de los mayores reyes que tuvo el mundo, vivían en la oscuridad y en la miseria; y en un tiempo destinado por la eterna sabiduría á publicar en todo el universo las grandezas de Santa Ana, ésta no toma posesion de su trono, y el usurpador sigue gozando pacíficamente de su corona. Los sábios del mundo, los que solamente aman las grandezas de la tierra, los que aspiran á conseguir títulos vanos que lisonjean la ambición, podrán decir: ¿dónde está la gloria de Sta. Ana? Pero vosotros, católicos, que os halláis instruidos en las máximas del Evangelio, sabéis muy bien, que su gloria consiste en haber sido elegida por Dios, no para reinar en la tierra, ni tomar posesion de la corona de sus mayores, sino para ser madre de una Virgen, prometida desde el nacimiento del mundo, de la Reina del Cielo y de la tierra, sea lo preferida en este incomparable favor á tantas ilustres mujeres, que en la Sinagoga se habian adquirido una gloria inmortal. Su gloria consiste en haber merecido la prediccion del Cielo, y en una milagrosa fecundidad, que dá al mundo la gloria del Redentor de todos los hombres.

Ved aquí, católicos, nuevos motivos de gloria en nuestra Santa, los que han servido de materia á los sublimes elogios que muchos santos doctores han consagrado á su memoria. Elocuencia profana, nunca podrás llegar á representar dignamente la milagrosa fecundidad de Sta. Ana, la grandeza del fruto que concibe en su vientre, y los preciosos bienes que por este medio nos proporciona; solamente estaba reservado para la elocuencia cristiana el poder pintar con religiosa magnificencia la gloria de la santa madre de Maria, y referir con un estilo propio de la grandeza de nuestra santa religion los misterios de su fecundidad. Yo os manifestaré, católicos, las maravillas de la fecundidad de Sta. Ana; este es el más glorioso distintivo de nuestra Santa, y el más plausible trofeo que podemos levantar á su gloria: esta milagrosa fecundidad es tan recomendable para todos los hombres, porque miran á Maria Santísima como fruto de ella, y esta santísima Hija es la mayor gloria de la madre. En la fecundidad milagrosa de la madre de Samuel veo á un Dios que enjuga sus lágrimas, oye sus ruegos, y la concede un hijo que llega á ser un profeta. En la fecundidad de Sta. Isabel veo muy extraordinarios prodigios. Pues ¿qué cosa se halla en la fecundidad de Sta. Ana que sea superior á las de esas santas mujeres? ¿Qué se ha de hallar, católicos! La inefable grandeza de la hija que concibe: la gloriosa dignidad de Madre de Dios, á que está destinada Maria, dá un particular resplandor á la fecundidad de Sta. Ana.

Oid, señores, á aquella mujer que levanta su voz entre las turbas,

y que en nombre de la Iglesia, como dicen los sagrados intérpretes, tributa alabanzas á Maria: esta mujer alaba á la Madre despues de haber admirado la grandeza del Hijo. Me parece, señores, que es excusada la aplicacion; ya no os causará admiracion el que despues de haber visto las grandes maravillas que el Señor obró en Maria, las gracias, los privilegios y los extraordinarios milagros que manifestaron al mundo una Virgen fecunda y una Madre virgen, los gloriosos títulos que posee, y los tesoros de gracia que en Ella se depositan, para repartirse entre los hombres por su medio, los más santos y célebres oradores de la Iglesia exclamen con la mujer del Evangelio y digan en el mismo sentido que ella: feliz la que te concibió y parió; su gloria es sin comparacion mayor que la de la madre de Samuel y de la del Bautista; el glorioso título de madre de tal Madre, la hace amable á toda la Iglesia, y digna de veneracion para con todos los hombres.

El principio de esta gloria, católicos, fué la Reina de los ángeles Maria Santísima, pues por su medio contrajo con Jesucristo una alianza, que manifiesta la parte que tuvo en los misterios de nuestra redencion, y la santa magnificencia con que Dios se dignó recomendarla. La alianza de Dios con el hombre es uno de los mayores misterios de su amor; la infinita distancia que hay entre el Criador y la criatura, no nos permitia pensar que Dios pudiese hacerse hombre, por ser el hombre obra de sus manos, y un conjunto de polvo, ceniza y todas las miserias; ni el hombre llegar á ser Dios, por ser éste un sér supremo, y un conjunto de todas las perfecciones. Estas son las gloriosas utilidades que nosotros sacamos del misterio de la Encarnacion. Jesucristo, haciéndose hombre, contrajo con nosotros una alianza divina; se abatió para ensalzarnos; nosotros participamos de la gloria de la naturaleza divina, porque Dios se dignó vestirse de la naturaleza humana; somos llamados y somos en realidad hijos de Dios, porque Dios es verdaderamente hijo del hombre; somos coherederos de su gloria inmortal, porque el Señor cargó con nuestras miserias temporales. ¡Oh dignidad imponderable del cristiano, cuya excelencia tanto nos encañecen los santos doctores que meditemos! Pero, además de esta alianza de adopcion, y de esta union divina del hombre con su Dios, la que forma y mantiene la caridad; Jesucristo contrajo tambien una alianza, segun la carne, con los hombres en el misterio de su Encarnacion, naciendo, como dice San Pablo, de una mujer virgen, y teniendo verdaderos parientes, segun la carne, en Judea. Toda la familia de Maria es, católicos, la misma familia del Salvador, segun la carne; y aunque Jesucristo

dijo, que no conocia más parientes que aquellos que hacian la voluntad de su Padre celestial, no por eso quiso privar á los suyos de esta gloria. No sé si me atreva á decir, señores, que entre todos los parientes de Jesucristo, Sta. Ana ocupaba el primer lugar; que fué un astro resplandeciente que disipó las tinieblas que los ocultaban á la vista del mundo; y que tuvo la gloria de haber tenido parte en los misterios de nuestra redencion de un modo muy singular. La sangre que animaba á la Reina de los Cielos no circuló antes por las venas de Sta. Ana? ¡Oh católicos! todos cuantos honran á Maria Santisima por haber sido Madre de Dios, deben tambien honrar á Sta. Ana, por haber sido madre de Maria.

Ya no me admira, señores, la devocion de los fieles, el celo de la Iglesia y las liberalidades de los príncipes cristianos, cuando se trata del culto de Sta. Ana; no me admiro de que los mayores emperadores hayan levantado suntuosos edificios en honra suya; que la Iglesia haya señalado días en que se la tributen solemnes cultos, ni de que todos los fieles acudan á los templos consagrados á su honor á implorar su intercesion y patrocinio: la Madre de Maria Santisima siempre será digno objeto del culto de los verdaderos cristianos. Estes, católicos, la gloria de los que se conforman humildemente con la voluntad de Dios y su majestad los prueba: á estas pruebas con que aloran sus fines en los mayores trabajos con que el Señor los aflige, se siguen muy abundantes recompensas. Vuestras quejas, vuestras murmuraciones, vuestros esfuerzos, los arbitrios de vuestra prudencia, nunca podrán trastornar los designios que Dios tiene para con vosotros, católicos: estos designios siempre han de tener su debido efecto. Conformaos, pues, con su voluntad y adorad sus juicios en vuestras desgracias; el negocio de vuestra eterna salud, que es muy diverso de los negocios del mundo, depende de Dios y de vosotros, y se consumará tanto por medio de las prosperidades como de las desgracias; y vuestra conformidad con su voluntad santisima os hará dignos de la gloria eterna, que á todos deseo.

PANEGÍRICO I DE SAN ANDRÉS, APÓSTOL.

*Fuit magnus secundum nomen suum.
Fué grande, como denota su nombre.
(EccL. XLVI, 1.)*

Aquel Sér todopoderoso, que cuenta la multitud de las estrellas y llama á cada una por su nombre; aquel Dios, que distingue con el nombre á todos sus ángeles, y expresa por medio de él el diverso valor de las obras de cada uno de ellos; distingue tambien, segun observan los sagrados intérpretes, de igual manera á los hombres, como lo hizo entre los hebreos, con los doce patriarcas hermanos, y entre los cristianos, con los doce primacros apóstoles, designando á cada uno de ellos con un nombre tal, que parece ser un presagio, un emblema, ó un espejo de sus obras y de sus méritos. Y á la verdad, si los nombres con que Adán designó á la generalidad de los vivientes, correspondian exactamente á sus propiedades y condiciones naturales, de las que tenia un perfecto conocimiento, con mayor razon podrá decirse otro tanto de los apóstoles, los cuales recibieron sus nombres de la sabiduría encarnada; que si no los impuso, á lo ménos los aprobó, por cuanto el cambio de los unos supone y arguye la aprobación de los otros: aprobacion además claramente manifestada por el Salvador, con el hecho de preferirlos y repetirlos continuamente. Pero á ninguno pueden aplicarse estas palabras con más propiedad que al gran santo, al discípulo insigne á quien dedicamos estos solemnes cultos, y cuyo nombre, que quiere decir hombre fortisimo, nos recuerda la singular virtud por la que se distinguió entre todos sus santos compañeros. Aunque, segun el dictámen de los maestros, nunca ó casi nunca debe el orador tomar por base de sus alabanzas el nombre de aquel á quien se propone alabar, hoy creo llegado el caso de prescindir de esta regla, y por tanto no emplearé

TOMO I.

en elogio del grande Andrés otros entomios que los que encierra su propio nombre. Aplicándole aquel elogio que las santas Escrituras hacen de Josué: *Fortis in bello Jesus Nave, qui fuit magnus secundum nomen suum* (2), lo consideraré como discípulo, como apóstol y como mártir de Jesucristo. De esta manera vereis, amados oyentes, que fué fortísimo como discípulo, y que su fortaleza lo elevó sobre todos los discípulos; fortísimo como apóstol, y que su fortaleza lo levantó sobre todos los apóstoles; fortísimo como mártir, y que su fortaleza le distinguió de todos los mártires, y lo hace brillar y sobresalir eternamente entre todos ellos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

El seguir á Jesucristo y hacerse discípulo suyo, no era en tiempo de Andrés una empresa tan fácil que no exigiese valor y fortaleza de ánimo. Jesús ocultaba todavía su divinidad bajo las apariencias de un hombre vulgar; y no había entonces ejemplos de otros hombres que indujeran á seguirle; ni se habían verificado aún aquellos grandes milagros, que, más tarde, dieron fama, crédito y autoridad á sus doctrinas y promesas. Verdad es, que hacia ya algun tiempo, que el Bautista clamaba mostrando á los hombres en la persona de Jesús al Cordero de Dios deseado de las naciones; pero el divino Cordero permanecía aún silencioso y solo en Galilea; de donde se infiere, que la fortaleza de espíritu que, como he dicho, mostró particularmente el discípulo Andrés, fué en mayor ó menor grado indispensablemente común á todos los primeros discípulos de Jesucristo. Necedad y locura extremadas llama á esta fortaleza el apóstata Juliano, quien acosa á los apóstoles de temerarios é imprudentes, por haberse entregado en manos de un hombre desconocido, y cuyo crédito no habia podido experimentar cual convenia para depositar en él su confianza; pero el infeliz perjuro, extraviado por su impiedad, erraba lastimosamente, pues no tenia en cuenta ni las instrucciones previas que el Precursor habia comunicado á los apóstoles, ni la poderosa influencia de la divina gracia que el mismo Jesús habia infundido en su corazón, ni el inefable fulgor que, como dice san Jerónimo, brillaba en el semblante del Salvador, y le conciliaba el amor y la veneracion de los hombres: razones todas, que cerraron la puerta á toda presuncion de temeridad ó imprudencia, dejábanla tan solo abierta á los impulsos de la verdadera fortaleza.

¿Y quién fué el primero que con ánimo resuelto siguió la nueva enseña del Crucificado, empresa tanto más árdua, cuanto que nadie ántes que él la habia acometido? Andrés, oyentes míos, el fortísimo

Andrés. Él fué el primero que ingresó en la escuela hasta entonces vacia y desierta de Jesucristo, y sin guía que lo precediese, se constituyó en guía y ejemplo de los demás. Él fué el que abrió el sendero de la doctrina y fé cristianas, no solo á los primeros discípulos del Salvador, sino á todos cuantos les sucedieron y les sucederán hasta el fin de los tiempos. Por esto le llaman los Padres primera columna de la Iglesia de Dios, y piedra fundamental primitiva de este inmortal edificio. Figuraos pues, hermanos míos, con que alegría tan grande, con que amor tan entrañable acogeria Jesús á aquel hijo primogénito de su fé, en cuyo semblante y en cuyo corazón, desde el momento que se le presentó, descubrió con su infalible mirada las muchas pruebas de inquebrantable adhesion y fidelidad que en adelante debia darle.

Parece, oyentes carismos, que siendo Andrés el primero que habia de trazar con sus huellas el sendero de la cristiana imitacion, debió Jesucristo procurar atraerle con palabras más dulces y promesas más halagüeñas. Pero, ¿de qué palabras ni de qué promesas estoy hablando, si, segun nos atestigua el Evangelio, la prontitud de Andrés no dió siquiera tiempo al Redentor de hacerle promesa ni llamamiento alguno? Los demás discípulos, á las primeras palabras que Jesucristo les dirigió, le siguieron; pero Andrés le siguió sin oír palabra alguna de su boca. No contento con ser el primero en seguir al divino Maestro, quiso además distinguirse de los otros siguiéndole sin ser llamado; de manera que, si nos atenemos al llamamiento oral, podremos decir, que no fué Jesucristo quien llamó á Andrés, sino Andrés, quien espontáneamente corrió al encuentro de Jesucristo. Estaba el Precursor á orillas del Jordán dirigiendo la palabra á los numerosos discípulos de su escuela, cuando viendo pasar por allí cerca al Nazareno, hé aqui, les dijo, hé aqui al deseado Cordero de Dios; oyendo lo cual Andrés, dirige inmediatamente y sin vacilar sus pasos hácia Jesús, se reúne con Él, lo detiene y le llama Maestro. ¡Oh insigne ejemplo de fé y fortaleza, que recordará y admirará eternamente el mundo cristiano!

No extrañeis empero, oyentes míos, que Andrés, despues de haber acompañado á su nuevo Maestro y permanecido con Él toda la noche recibiendo sus divinas instrucciones, no extrañeis, digo, que el dia siguiente, despidiéndose de Jesús, regresase á Betsaida su ciudad natal. Ahelaba comunicar la fausta nueva á su hermano Pedro, y anda presuroso en busca de él, discurre, indaga por todas partes, hasta que descubriéndole á lo léjos, corre á su encuentro, le habla, le predica, le convence; y acto continuo, poseido de la mayor ale-

gria, lo lleva á presencia del Mesías, entregándole, como fruto de su rápida excursión, aquella conquista, la más grande y preciosa de cuantas hicieron los apóstoles. ¡Oh admirable esfuerzo y fervor apostólico, casi inconcebible en nuevo y apenas iniciado apóstol! Considerad, oyentes míos, que Andrés fué el primer discípulo del Salvador, el único que no fué llamado, el que desde los primeros instantes de su apostolado hizo la mayor de las conquistas, convirtiendo á Jesucristo al que había de ser piedra fundamental de su santa Iglesia; é inferid de ahí si tuve razon para decir, como dije al principio, que Andrés fué grande según su nombre.

Y si de tal manera obró Andrés, cuando todavía no era, por decirlo así, más que un simple neófito, juzgad cuán grandes y heroicas serían sus empresas desde el momento que Jesucristo le confirió el ministerio apostólico. Dos son los actos con los cuales se ejercita la fortaleza: el acometimiento y el sufrimiento; pero el segundo es más meritorio que el primero, porque se necesita más valor para sufrir con constancia los peligros y males presentes, que arrostrar los venideros. Esto supuesto, observad, oyentes míos, como Dios, para que Andrés sobresaliese más entre sus compañeros los apóstoles por ese principal acto de virtuosa fortaleza, le preparó de antemano una cruz tan penosa y continuada, que hablando con la más rigurosa propiedad, puede decirse, que su apostolado, desde el principio hasta el fin, fué una verdadera crucifixión.

En efecto, con una cruz empieza el apostolado de Andrés, cruz muy difícil y gravosa por cierto. Ya sea que Andrés fuese mayor en edad que Pedro, ó que no lo fuese, de todos modos es indudable, que era mayor que Pedro en la ancianidad de la fé. El fué quien le movió é indujo á abrazarla, de manera, que, hablando en lenguaje apostólico, podemos decir, que era padre de Pedro en el Evangelio. ¿Quién no había de creer, pues, que semejante mayoría sería coronada con la primacía sobre todos los demás apóstoles? Las razones de congruencia é inducción eran tales, que el mismo, aunque modestísimo, no debía creer muy remota la consecución de aquella dignidad. ¡Y que dignidad era aquella, hermanos míos! Tratábase nada ménos que de ser ministro supremo y vicario del mismo Jesucristo; de gobernar y dirigir como universal pastor y pontífice á todos los fieles del orbe; de presidir á los demás apóstoles como príncipe y cabeza de todos ellos; de poseer, en fin, las llaves del Cielo y con ellas la plenísima primaria potestad de atar y desatar. Figuraos, pues, si ambicionarían los apóstoles esa eminentísima prelacion, y si habría alguno, que, si no de hecho, á lo ménos con el deseo, no

aspirase á ella. Mas, ¡oh insondable profundidad de los juicios de Dios! Por vuestros inexcrutables designios, siempre justos é irreprensibles, quisisteis, oh Dios mío, que el mayor de los hermanos sirviese al menor; que Andrés, á pesar de haber instruido á Pedro en la divina ley y presentádole á vuestro unigénito Hijo encarnado, fuese pospuesto al mismo Pedro.

Y lo más admirable es, la inquebrantable fortaleza de espíritu que en tan crítica ocasion mostró nuestro santo héroe, el cual, lejos de ofendarse ó contristarse con aquella especie de humillacion, no profirió la menor queja, ni siquiera dió la menor señal de tristeza ó disgusto. No sería tanto de admirar, oyentes míos, la paciente fortaleza de Andrés, si nos la hubiera éste manifestado más adelante, esto es, despues que el Espíritu Santo, descendiendo sobre él y sobre los demás apóstoles en el Cenáculo, les confirmó en la divina gracia; pero sube de punto la admiracion al considerar, que era tiempo aquel de flaqueza y debilidad para los apóstoles todos; flaqueza y debilidad, que Dios permitia apareciesen de continuo públicamente, para que nadie pudiese dudar que la redencion del mundo era obra, no del poder ó de los medios humanos, sino de la omnipotente mano de Dios. A este propósito nos advierte el Evangelio, que la precedente imperfeccion de los apóstoles revelábase, sobre todo, y á cada instante en sus discursos y proyectos de vanidad, de engrandecimiento, de preeminencia y de gloria; unos pidiendo honras y premios por lo poquísimo que habían renunciado; otros procurando captarse con súplicas y recomendaciones la proteccion de Jesús para que les reservara un asiento en el reino de los Cielos; otros, en fin, promoviendo entre sí frecuentes disputas de superioridad; de manera, que aun despues de la Cena eucarística, entablaron una verdadera contienda sobre cuál debía considerarse como el mayor de todos ellos. Que en un tiempo tal, y con tantos y tan continuos estímulos é incentivos de emulacion, indiferente Andrés á su evidentísima postergacion, ahogase generosamente en su pecho la voz del resentimiento, y disimulase siempre el inevitable disgusto, sin manifestarlo una sola vez con palabras ni ademanes; esto es verdaderamente extraño y admirable en sumo grado. Un solo ambiguo presentimiento de que en breve se concedería la primacía á Pedro, bastó pocos dias ántes para poner á los apóstoles en la mayor turbacion, y para que hicieran sobre el particular diestras y celosas preguntas al Redentor; pero Andrés, al contrario, ve claramente que Pedro va á ser antepuesto á él y á todos los demás discípulos; que sin embargo de haber precedido á Pedro en dar crédito y seguir al Mesías, éste ha resuelto ponerle en

lugar jerárquico inferior al de aquel; todo lo conoce, todo lo ve, y esto no obstante, sufre y calla. ¿Quién dudará, pues, en vista de todo esto, que la fortaleza de Andrés, desde el principio de su apostolado, fué singular y trascendental?

Habiendo considerado, oyentes míos, la cruz con que principió el apostolado de Andrés, prosigamos hasta contemplar aquella otra con que terminó: cruz de extremado dolor, y por cuyo medio apareció más y más sublime la fortaleza de nuestro insigne apóstol. Entre una y otra cruz medió el espacio de veinte y cinco ó veinte y nueve años, consagrados exclusivamente al ejercicio del ministerio apostólico; y ¿quién es capaz de referir los viajes y predicaciones que hizo, los males, los trabajos y desgracias que padeció en este dilatado periodo de tiempo? La Macedonia, la Morea, el Epiro, la Tracia, la Tesalia, la Acaya y otras varias comarcas de Turquía y Grecia, fueron evangelizadas por el infatigable Andrés. Y ¿habrá quien pueda enumerar las obras apostólicas que practicó en tan dilatadas comarcas? los ídolos que derribó, los altares y templos paganos que destruyó, los milagros que obró, las victorias y conquistas que alcanzó á nombre de Jesucristo, tantas en número que la Iglesia las llama innumerables? No me detendré en probar, examinando individualmente las obras y trabajos insignes del grande Andrés, la singularidad de su fortaleza, que le distinguía de todos los demás apóstoles; porque ni alcanzan á tanto mis fuerzas, ni me suministrarían para ello bastante luz las santas Escrituras ni la historia eclesiástica. Pero, por fortuna, si se perdió en la oscuridad de los antiguos tiempos la exacta y minuciosa relación de sus hechos apostólicos, tenemos sin embargo noticias auténticas, bastantes para conjeturarlos, gracias al diligente clero de Acaya, que después de largas y minuciosas investigaciones, hizo una extensa cuanto verídica reseña de ellos; reseña aprobada por los Sumos Pontífices, celebrada por los Santos Padres, admitida y usada por toda la Iglesia, y que, por lo tanto, no dudo será también creída y respetada por cuantos me están escuchando. Así, pues, sin detenerme más en este punto, paso á hablar de la cruz que dió fin á la carrera apostólica de Andrés.

¡Oh maravilla digna de ser admirada y celebrada por todo el universo mundo! ¡Oh nuevo espectáculo, en que se descubre manifiestamente la omnipotente mano de Dios! ¿Dónde se hallaría otro apóstol que, como Andrés, suspendido en una cruz, desde lo alto de aquel horrendo patíbulo, en medio de los más agudos dolores y de los más crueles espasmos, predicase constante y valerosamente, horas y días enteros, como desde un púlpito, á Jesucristo crucificado? Después de

haber recorrido diversas y apartadas comarcas, llegó por fin el santo apóstol á la provincia de Acaya, donde hizo tantos frutos con su predicación y redujo el paganismo á tal extremidad, que irritado el prócónsul le dijo en tono de reconvenção, que no había en aquella provincia un solo templo que por su causa no estuviera arruinado ó abandonado. Finalmente, exasperado el tirano idólatra de ver que ni amenazas ni castigos bastaban para refrenar la audacia de aquel hombre tan funesto al gentilismo, lo condena á muerte y lo hace poner en una cruz. Pero ¡qué necio es si piensa alajar de esta manera los progresos de su apostolado! Por espacio de dos dias continuos estuvo pendiente de la cruz, y durante todo este tiempo estuvo predicando sin cesar con grande estupefacción del pueblo, que reunido en torno de él le estaba escuchando; y ¡oh admirable poder de su celo apostólico! más de veinte mil personas que hasta entonces habían resistido á su predicación, cedieron á las exhortaciones que les dirigía desde la cruz, convirtiéndose á la verdadera fé. Ahora, pues, decidme, hermanos míos; ¿no merece el grande Andrés ser considerado como ejemplo de verdadera fortaleza? ¿no puede decirse con todo rigor de verdad, que fué grande segun su nombre?

Quizás alguno de vosotros dirá, que he fallado al buen orden de las ideas, por no haber hecho la debida distincion entre el apostolado y el martirio, al hablar de un santo que hasta el último de sus tormentos obró siempre como valerosísimo promulgador del Evangelio. Pero en la cruz de Andrés solo he considerado hasta aqui la fortaleza del apóstol, prescindiendo de la condicion del mártir, de la cual voy á tratar ahora. Tres son los grados que deben considerarse en la fortaleza de un mártir: padecer con paciencia, padecer con alegría, y padecer con deseo. Si queréis saber cuánto se distinguió Andrés en este tercer grado, que es el mayor y más perfecto, entre todos los mártires de la Iglesia, preguntádselo á los sacerdotes y diáconos de Acaya, cuyo verídico y autorizado relato arriba citado, voy á resumir brevemente. Ved allá en la ciudad de Patraso á nuestro insigne apóstol, que, enflaquecido y debilitado por los años, por los trabajos y persecuciones, y sobre todo, por los crueles azotes con que hasta siete veces sus bárbaros perseguidores magullaron sus carnes; anda, sin embargo, tranquila y sosegadamente apresurando cuanto puede el paso, sabiendo, como sabe, que se encamina á la muerte. ¡Oh! ¡qué gozo, qué alegría, qué celestial serenidad se descubre en aquel semblante, cuyo aspecto llena de admiración á la inmensa multitud de pueblo que le rodea! Al divisar á lo lejos la cruz destinada para su suplicio, no pudiendo ya contener la explosion del

santo júbilo que embarga su corazón, prorrumpe en estas entusiastas palabras: ¡Salve, oh cruz objeto constante de mi amor y de mis deseos! ¿Es hombre quien así habla. ó no es hombre? Llega por fin á la cruz, la abraza, la besa repetidas veces con lágrimas de gozo, llamándola tiernísimamente cruz desecada y cruz buena; en tanto que los espectadores, aunque gente dura y fiera, pasmados de cuanto ven y oyen, apenas pueden dominar su compasiva emoción.

Entretanto, ansioso el santo apóstol de recibir la palma del martirio, se quita por sí mismo las vestiduras, y las entrega con la mayor afabilidad á los verdugos, quienes pasmados de tan heroica virtud, quizás no se hubieran atrevido á poner sus manos en aquel hombre extraordinario, á no ser por el temor de incurrir en el enojo del procónsul Egea, desobedeciendo á sus mandatos. Tienden, pues, al mártir sobre la cruz y estiran violentamente sus miembros por medio de cuerdas, que á propósito se usaron en vez de clavos para prolongar de esta manera más y más el martirio. Padece el santo mártir en la cruz atroces tormentos, la fuerza del dolor quebranta su cuerpo; mas, á pesar de esto, predica fervorosamente por espacio de dos ó tres días, sin perder un solo instante el valor, la alegría ni la serenidad de espíritu. Recórranse desde la primera hasta la última página los anales de la Iglesia, y de seguro no se hallará en ellos un ejemplo de fortaleza comparable con éste. ¿Puede decirse más en elogio de un santo mártir? Sí; puede decirse más, oyentes míos, del inelito mártir Andrés; porque Dios señaló su martirio con circunstancias tales que le distinguieran de todos los demás martirios. Luego que se divulgó la noticia de la prisión del apóstol, el pueblo empezó á amotinarse. Acudió multitud de gente de todos los puntos de la provincia, y pidió que se pusiera en libertad al preso, amenazando en caso contrario con derribar las puertas de la cárcel; pero el Santo, desde su mismo encierro, dirigió la voz á los amotinados; y tanto les dijo, y suplicó, que logró apaciguarlos por entónces. Al tiempo de ser llevado al suplicio, reprodujose con más fuerza el tumulto y la agitación popular, y hasta se acusó en voz alta al procónsul de inhumanidad é injusticia; mas también esta vez con sus ruegos y persuasiones consiguió Andrés aplacar las iras del pueblo. Por último, al verle pendiente de la cruz, no tuvo ya límites la indignación de la multitud: todos á una voz, incluso el mismo hermano de Egea, pidieron con gritos y amenazas la suspensión del martirio. El tumulto iba creciendo por momentos, sin que bastáran á sosegarlo las exhortaciones del Santo. Finalmente; corre el pueblo en tropel á la casa de Egea y le pide la vida de

Andrés, diciendo que si muere éste, moriría con él el tirano que lo condenó. Tiembla el procónsul ante la actitud amenazadora de la enojada multitud; promete acto continuo la soltura de Andrés, y vá en seguida él mismo, seguido de la muchedumbre, á darle libertad. ¡Oh! ¡qué martirio, hermanos míos, qué martirio fué éste para Andrés! Así que desde lo alto de la cruz vió venir al procónsul, perdió su portentosa tranquilidad, desvaneciése su alegría, anublóse su frente, ántes tan serena, y sus ojos, llenos de santo alborozo, se cubrieron de tristes lágrimas. Mas, recobrada la serenidad, vuélvese al tirano y dice: Si vienes, oh Egea, arrepentido á pedirme el bautismo, todavia estás á tiempo; pero si piensas arrebatarme la corona del martirio, sabe, oh infeliz, que no lo conseguirás. Dios oirá mis ruegos; y así como hace milagros para librar de la muerte á sus siervos, los hará, si necesario fuere, para que no sea yo sustraído á la muerte que deseo. ¿Qué mártir es este, oyentes míos, á quien tanto allige la idea de verse libre del martirio, y que desde el mismo patíbulo pide á Dios que haga milagros para que no se suspendan sus padecimientos? ¿Hase visto nunca una fortaleza semejante á esta?

Empero el incrédulo Egea, atento á calmar la efervescencia del pueblo, más que á escuchar las palabras de Andrés, hace una señal á los verdugos, quienes inmediatamente se ván á desatar al mártir. Pero apenas, hermanos míos, ponen mano á la obra, cuando, sobrecogidos de espanto, notan que sus brazos se han quedado paralizados hasta el punto de no poder hacer con ellos el menor movimiento. Pónense otros en su lugar, y no bien tocan las cuerdas, pierden también el movimiento de los brazos. Acuden otros y otros á la prueba; ¡vanos esfuerzos! ningún brazo obedece á la voluntad del temerario que intenta desatar las ligaduras del santo mártir. Viendo entónces éste, que se repetían sin cesar las inútiles tentativas de aquellos hombres, hizo un nuevo esfuerzo, y exclamó en alta voz: ¡Oh Jesús y Redentor mío! poned fin á tan prolongada insistencia, y haced que yo desde esta cruz vaya á reunirme con Vos, que no quisisteis descender de la vuestra. Apenas hubo pronunciado estas palabras, vieron todos descender del Cielo una grande y luminosísima aureola, que envolviendo el mártir, le ocultó á la vista de los circunstantes por espacio de media hora. Luego, elevándose la aureola poco á poco, descubrió ante la asombrada multitud los despojos mortales del santo mártir, en tanto que su bienaventurada alma, rodeada de aquel brillante resplandor, subía á gozar de la gloria eterna en la incorruptible mansion de los fuertes.

Gloriosísimo Santo, desde la luz suprema que vino á trasportaros

al Cielo, me vuelvo á la que en honor vuestro brilla hoy sobre este altar; y os ruego, que impetreis de Dios para mis oyentes y para mi un verdadero amor á la cruz. Oid nuestras súplicas, concedednos vuestro poderoso auxilio, en tanto que admirados de vuestras heroicas virtudes, os alabamos, diciendo: ¡Grande fué Andrés, en verdad, grande como su nombre!

PANEGÍRICO II

DE SAN ANDRÉS, APÓSTOL.

*Venite post me... At illi continuo relicti
retibus secuti sunt eum.*
Sigúidme... y ellos dejando al punto
las redes le siguieron.

(MATTII. IV, 19 et 28.)

No extrañara yo, que los gentiles desechasen las aliciones de este mundo como unos verdaderos males, ni aún que buscáran con ánsia todos los placeres momentáneos, puesto que, en su opinion, nada les restaba que gozar despues de la muerte; me extraña, si, en gran manera, que se conduzcan del mismo modo los que se precian de discipulos é imitadores de Jesucristo. Este divino Maestro nos dice por su misma boca, que el siervo no es de mejor condicion que su Señor; y ningun cristiano puede poner en duda, que Jesucristo, despreciando las glorias y los placeres que hubiera podido disfrutar, sin que nada fuera capaz de impedirselo, se sujetó voluntariamente á las tribulaciones y á los trabajos. Si queremos, pues, asegurar nuestra felicidad verdadera, es necesario, que imitemos este modelo de perfeccion; es indispensablemente necesario, corresponder á las amorosas voces con que la misericordia del Señor nos llama á la participacion de su gloria, sin que nos detenga cosa alguna de este mundo. Y á la verdad; ¿qué es lo que puede impedir en nosotros esta pronta resolucion? ¿La privacion, que es consiguiente, de todos los placeres con que á cada paso nos convida el mundo seductor? Pero, todos ellos son ficticios, son una débil sombra que pasa, sin dejar el menor vestigio. ¿El sujetarnos á todas las privaciones, á todas las molestias, á todos los rigores de una austera penitencia? pero todo esto sabe convertirlo la virtud en verdaderos bienes, en medios de asegurar nuestra dicha. ¿La desconfianza en la divina misericordia? pero ésta nos llama sin cesar, y hoy, especialmente, cuando en persona de Pedro y de su feliz hermano nos dice: *venite post me: se-*

guidme con seguridad, y se cambiarán en dulzuras las calamidades que os afligen.

Si, amados míos; la benigna misericordia del Señor quiere salvarnos, y al efecto nos llama hoy cariñosa. ¿Y llegará nuestra temeridad al extremo de despreciar ocasión tan favorable? ¡Ah! esa sería una prueba casi cierta de nuestra reprobación. Para conseguir esta felicidad que tan ardientemente deseamos, es preciso imitar la conducta de S. Andrés: la prontitud con que siguió al Salvador que le llamaba, abandonando cuanto poseía en el mundo; y el abinco con que buscaba las privaciones, los padecimientos, la muerte misma por amor á Jesucristo, son los únicos medios que debéis practicar si aspiráis á la gloria que él disfrutó. Este será el objeto de vuestra atención al presente; reflexionad que os interesa más de lo que parece á primera vista. ¡Ojalá que acierte yo á persuadiros de esta importancia! A. M.

Apénas puede darse una ingratitude comparable á la del pecador que resiste á la voz de Dios, por seguir los lisonjeros gritos de sus pasiones. Por qué, ¿no es el Señor á quien ha injuriado con sus vicios? ¿no es Él mismo que de justicia debía descargar sobre el pecador los fulminantes rayos de una eterna desgracia? ¿no es Él mismo de quien ha recibido, y á quien debe todo cuanto tiene, sin excluir aún los mismos bienes de que se sirve para ofenderle? ¿no es un Dios completamente feliz por naturaleza, y desde la eternidad, y cuya gloria no puede recibir el menor aumento ni el más mínimo menoscabo con la felicidad ó condenación de todas sus criaturas? Cuando llama á este miserable mortal, ¿pretende acaso otra cosa, que hacerle feliz, sacándole del profundo abismo de su miseria, librándole de la cruel esclavitud en que gime oprimido, y apartándole del horrible precipicio á que camina, y en que vendrá á caer sin remedio? ¡Ah, desventurado pecador! ¿dónde está tu fé; dónde tu razón; dónde tu sentido cuando cierras los oídos á sus amorosas voces? ¿Qué esperas del mundo, del demonio y de la carne, cuyos preceptos obedeces ciegamente, á pesar de conducirte á tu desgracia? ¿El vil desahogo de una pasión infame, el vergonzoso gusto de un momento, la falsa alegría de un instante? ¡Cuán diferentes son los bienes de que pretendía colmarle para siempre aquel Dios benigno, que le llamaba para sí! ¡Cuán inefables, cuán sólidos, qué inmensos, qué infinitos! Por hacerte acreedor á ellos debieras abandonar cuantos deleites, cuantos tesoros, cuantas comodidades pudieras gozar sobre la tierra; debieras abrazar con indecible complacencia la

persecución, los tormentos, la cruz, la muerte más cruel: esto es precisamente lo que hizo el feliz apóstol que veneramos en este día.

Es verdad que no era dueño de inmensas riquezas, pero en sus redes tenía lo suficiente para proporcionar á su familia un decoroso sustento. Su profesion le aseguraba un tranquilo reposo, poniéndole á cubierto de las molestias, de los peligros de todo género á que le exponía el nuevo género de vida á que le llama Jesucristo; y sin embargo, apénas oye que los dice á él y á su hermano: «seguidme, yo os haré pescadores de hombres,» deja las redes, y con ellas todo cuanto poseía en este mundo; se aparta de la compañía de sus amados padres, y sigue al Salvador. ¿Dónde vés, dichoso pescador? ¿A quién sigues, qué es lo que esperas ó te prometes de la compañía de ese hombre? ¿No le ves perseguido, despreciado, pobre, y aborrecido de todos? ¿En seguirle puedes prometerte otra cosa que ignominias, tormentos y martirios? Pero nada importa todo esto; es Dios quien le llama, y su deber es seguirle sin la menor dilación: es Dios quien manda, y no debe detenerse un momento en obedecer su soberana voluntad. No duda este apóstol cuan repugnante sea á su naturaleza corrompida, el haber de carecer de las comodidades que le proporcionaba su estado; ve igualmente, que le será en extremo doloroso, sufrir las molestias anejas al ministerio á que su maestro le destina; pero este maestro es Dios; Dios es quien le ordena, que renuncie al mundo con todos sus bienes; y esta sola idea le manifiesta, que la posesión de aquéllos le conduciría irremediablemente al abismo de todos los males. Dios es quien le ordena exponerse á sufrir los trabajos de la vida apostólica; y esta sola consideración le hace ver, que ellos le colocan en la senda que guía rectamente al dichoso reino de la eterna bienaventuranza, cuya posesión desea con ansia. Todos estos sentimientos le infunde la voz de Jesús, y persuadido íntimamente de su verdad, se decide sin vacilar á seguir á su Maestro.

Si hubiéramos de dirigirnos por las reglas que dicta la prudencia humana, fácil sería presentar como imprudente la resolución de este apóstol; porque, en verdad, cuando Jesucristo le llamó, no tenía él pruebas de su poder; ignoraba que estuviere adornado del don de hacer milagros; no debía ocurrirle que pudiera alimentar á todos sus discípulos sin necesitar otra cosa que el imperio de su voz; al contrario, para él era un hombre pobre, de humilde condición, de oscuro nacimiento; no tenía de él más noticias que las que había oído al Bautista, y éstas eran pocas y confusas; todo, todo parece demostrar, lo poco que reflexionó para abandonar su género de vida y seguir á Jesucristo. Pero, en esto mismo se descubre su obediencia

extraordinaria á los llamamientos del Cielo, ó más bien el poderoso influjo de la gracia con que el Señor se digna llamar á los que tiene destinados á su gloria.

Y si tal fué su prontitud en seguir á Jesucristo cuando no tenía aún prueba alguna de su divinidad, ¿cuál os parece que sería después de haber presenciado tantas curaciones repentinas, tantas resurrecciones, tantos milagros de todo género? Si de tal modo renunció á todas las comodidades temporales por seguir á un hombre á quien no conocía, ¿quién es capaz de describir el gozo, el placer con que se entregaría á las más penosas fatigas, á los mayores trabajos, á las más crueles persecuciones, por hacer notorio al mundo todo, la divinidad de aquel mismo cuya resurrección había él mismo presenciado? Lo vais á oír en el discurso de su historia.

Verificada la ascension de Jesucristo al reino de su Padre, después de haber ordenado á sus discípulos que predicasen su Evangelio por todas las naciones, por todas las provincias, por todos los pueblos del mundo, éstos lo dispusieron de modo, que, dirigiéndose cada uno á distintos países, no careciese ninguno del alimento de la divina palabra. Conocida entonces por Andrés la voluntad del Cielo, respecto á los diversos puntos en que debía ejercer su ministerio, se dispone á obedecerla tan puntualmente como lo había hecho cuando le llamó Jesucristo; y sin detenerse un solo momento deja su casa, se aparta de todos sus parientes, se aleja de todos sus conocidos; y sin compañía, sin provision alguna, viene á la Europa y predica en la Escitia la religion de Jesucristo. Parte después á Epiro, recorre toda la Tracia, sin que le asuste la aridez de los desiertos, sin que le intimide la inmensidad de los mares, sin que le detenga la idea de los peligros á que se expone, sin que le amedrenten las persecuciones que su ministerio ha de suscitarle; y habiendo esparcido en todas aquellas provincias los rayos de la doctrina que había aprendido de su Maestro, llega á la Acaya, en donde encuentra por último lo que tanto anhelaba su corazón, y buscaba con ansia por todas partes. Anuncia con libertad evangélica á Jesucristo crucificado: la verdad de su doctrina, la energía con que la predica, los milagros con que la confirma, todo contribuye á ganarse prosélitos, á atraer hácia sí una increíble multitud de discípulos, que despreciando los ídolos y renunciando sus falsas religiones, abrazan la que nuevamente se les predica, por más opuesta que sea á sus costumbres, aunque los priva de todos sus placeres, y los obliga á declararse á sí mismos una guerra continua.

Una mudanza tan notable en la religion no podia ménos de susci-

tar enemigos poderosos al que la ocasionaba. El procónsul Egea, ciego idólatra de los dioses de sus padres, hace conducir á su presencia al alborotador, segun le llamaba. Preséntase intrépido nuestro apóstol, y cuando el nécio juez suponía que sola su presencia habia de confundirle, ve, por el contrario, que éste le reprende su locura con la más santa libertad; le echa en cara su soberbia, y le hace ver su empeño sacrilego de que los hombres le respeten como juez, cuando él mismo se negaba á rendir su homenaje al verdadero Juez de vivos y muertos. El tirano, que no estaba acostumbrado á semejantes contestaciones, queda tan sorprendido, que ni sabe responder al apóstol; mas, recuperado un tanto de su asombro, y viendo que cada vez predicaba el apóstol con más eficacia la religion de Jesucristo, le interrumpe, y armado de una falsa piedad, le aconseja que, si quiere evitar la enorme desgracia que le amenaza, se resuelva, no solo á dejar de anunciar la verdad, sino tambien á ofrecer sacrificios á los ídolos.

¡Situacion crítica, por cierto, para muchos cristianos débiles! Pero nada temais católicos, por nuestro apóstol: bien asegurado éste en la fé, desprecia tan groseras amenazas, cierra sus oídos á tan infames proposiciones; y animado de un santo celo por la gloria de su Dios, responde con una intrepidez digna de imitarse por todos los que se hallen en iguales circunstancias: «no me es lícito adorar ni ofrecer sacrificios á otro que al verdadero Dios. A éste los ofrezco todos los dias; así que, en vano pretendes exigir mis adoraciones para esos detestables ídolos, viles hechuras de las manos de los hombres. Ni las promesas más lisonjeras, ni las amenazas más terribles, ni los ruegos más amistosos, ni las súplicas más humillantes, nada, nada es capaz de apartarme de mi propósito; nada hay que pueda apagar en mi corazón el amor que profeso á Jesucristo crucificado.»

No era posible que el impio Egea oyera con indiferencia semejantes discursos; y para castigar de algun modo la osadía de aquel hombre, y probar si su conducta correspondierá á sus palabras, hace conducirle á una oscura cárcel. Mas, ¿cuán asombrado quedó al ver que, lejos de entristecerse el apóstol por esta disposicion, rebosa la alegría en sus ojos, y él mismo corre presuroso á la cárcel para empezar á padecer por su Maestro! Su sorpresa fué mayor todavía, cuando supo la oposicion que hizo el Santo á sus discípulos, que pretendian librarle de la prision, rogándole al mismo tiempo con el mayor encarecimiento, que no tratasen de privarle de la satisfaccion que le reportaban todos los trabajos y padecimientos por causa de su religion.

Convencido el precónsul, de que eran inútiles todos los medios de que se valia para disuadir á S. Andrés, firma la sentencia de su muerte, y sin esperar á más le conducen al lugar del sacrificio. Alegrate, dichoso apóstol! regocíjate, que se aproxima el momento más delicioso de tu vida: la cruz te espera... pero oigámonle á él mismo que, arrebatado de gozo al ver aquel precioso madero, exclama sin poder contenerse: ¡Oh cruz santa! ¡oh cruz tanto tiempo deseada, buscada con tanta ansia, amada con tal interés! ¡Mil veces dichoso yo, que llevo á encontrar en ti lo que con tanto ardor he deseado por todo el discurso de mi vida! Recíbeme, cruz preciosa, entrégame á aquel Dios que por mí murió en otro madero. En ti me redimió Jesucristo; y por tu medio voy á recibir todo el fruto de su pasión.

¡Qué temeridad la mia en pretender describir con palabras aquella escena prodigiosa! Es necesario haber padecido algo por Jesucristo, para conocer las inefables delicias que producen esos padecimientos; en cuyo caso, ¿podría yo hablar de modo que vosotros me entendiéis? ¿Hay por ventura entre nosotros alguno, no digo que busque con tanto empeño los trabajos, las penalidades, los tormentos, la muerte; no que se abraza voluntariamente con la cruz de Jesucristo; sino que reciba con resignación y conformidad cristiana las tribulaciones que le envía la Providencia? Yo no pretendo que lleguemos todos al heroísmo á que llegó S. Andrés; quiero únicamente que le imitemos en lo posible. ¿Nos aflige una desgracia, nos vemos privados de algunos bienes de fortuna? Imitemos á S. Andrés, que abandonando sus redes se privó voluntariamente de mucho más de lo que á todos nos puede quitar la desgracia. ¿Nos ocasiona un agudo dolor la muerte del padre, del hijo, de la esposa, del amigo? San Andrés dejó á su padre, se apartó de su familia, abandonó su patria por seguir á Jesucristo, y extender su fé y su religion por el mundo. ¿Se conjuran contra nosotros nuestros enemigos para perjudicarnos en la salud, en los intereses, en la honra? San Andrés buscó por todas partes la ignominia, la pobreza, las penalidades, y no cesó hasta encontrar una muerte semejante á la de su Maestro. Sabía bien, que el único camino que nos ha de conducir á la bienaventuranza es el de los trabajos y aflicciones de esta vida; sabía, que para seguir á Jesucristo es necesario abrazarse con su cruz; sabía, que á estos trabajos se sigue, indefectiblemente, la posesion de todos y cada uno de los inmensos tesoros que el Señor nos tiene reservados en la gloria; sabía, por último, que el único medio de agradar á Dios es, seguirle inmediatamente que nos llama para su gloria.

Ahora bien, cristianos; ó S. Andrés fué un necio en responder con

tal prontitud á la voz de Dios, y en padecer tanto por Jesucristo, ó nosotros somos unos insensatos cuando nos negamos á imitar su conducta. Pero es indudable: nosotros somos los imprudentes, que queremos seguir á Jesucristo sin cargar ántes con su cruz. Ya es tiempo, pues, de volver sobre nosotros mismos; ya es tiempo de conocer, que las tribulaciones de esta vida son los medios de que se vale la Providencia para probar nuestra virtud y acompañar nuestros méritos. Démonos prisa á imitar á S. Andrés; y si no tenemos valor para buscar, como él, el martirio, recibamos siquiera con humilde resignacion los trabajos que el Señor nos envía; adoremos su providencia, siempre justa; resignémonos con sus adorables decretos, y abracémonos en esta vida con la cruz de Jesucristo, si queremos asegurar en la otra la felicidad eterna. Amen.